

Corona y los afortunados conquistadores del Perú, enseñoreados ya de la montaña de plata, Schmidl reflexiona con amargura: «... bien se puede decir que es una tierra rica el Perú, porque toda la riqueza que tiene su Cesárea Majestad proviene del Perú y de la Nueva España y Tierra Firme; por eso la envidia y el odio son tan grandes entre nosotros». Al soldado bávaro, sin embargo, no se le escapa quiénes están destinados a perder en esas feroces guerras entre invasores: «... los grandes señores son malos y bellacos; donde [pueden] despojar al pobre peón de lo suyo, lo hacen».

Probablemente recordara entonces a Osorio en la playa de *Riogen-na*, apuñalado hasta que el alma se le salió de las carnes, en el episodio inicial de la desventurada expedición al Plata. Dos de los compañeros de Utz, que también dejaron alguna palabra escrita acerca del crimen, coinciden en señalar el peso que esa desgracia tuvo en el ánimo de la hueste, y aún en la suerte posterior de la empresa. Si el maestro de campo no hubiera sido muerto, creía Juan Pacheco según una carta de 1541, lo que había en el Río de la Plata habría sido ganado para Castilla. Para el clérigo Luis de Miranda, autor de un *Roman-ce* escrito en Asunción hacia 1545, «desde aquel día todo fue de mal en mal»<sup>6</sup>. Como los otros, Schmidl debió haber sentido la fuerte impresión del mal presagio.

### Sin pescado ni carne

«No es mucho lo que pudieron ver. Una franja anegadiza que se extendía longitudinalmente por la costa, una barranca alta de diez a quince varas y, más atrás, una planicie suavemente ondulada. Muchas aves apenas alborotadas por la presencia humana, algunos manchones arbolados y un riachuelo que perezosamente desembocaba entre juncales. (...) Nada pintoresco quizá, poco atractivo para ojos codiciosos, pero en todo caso un alivio luego de las semanas pasadas en alta mar. Esto es lo que vieron los recién llegados, al comenzar febrero del año de gracia de 1536»<sup>7</sup>. El antropólogo Luis Orquera ha reconstruido así el paisaje que la orilla derecha del Paraná Guazú ofreció a los conquistadores. Ellos deben haberlo observado con la intensidad que

<sup>6</sup> Citado por Salas Alberto y Vázquez, Andrés, op.cit.

<sup>7</sup> Orquera, Luis Abel, Antes de la fundación, en Romero, José Luis y Romero, Luis Alberto, Buenos Aires. Historia de cuatro siglos, Buenos Aires, 2000.

puede presumirse en quienes llegan a una tierra desconocida, donde esperan hacerse de fama y de fortuna.

Ulrico Schmidl, sin embargo, no parece haber reparado en la barranca, ni en el riachuelo, ni en la planicie ondulada. No hay en su texto la menor alusión a ese mundo natural, ni la menor indicación acerca del punto en el que se emplazó el nuevo asiento. Sólo hay una distancia calculada en ocho leguas para el cruce del ancho río desde San Gabriel, en la costa uruguaya, el nombre de Buenos Aires que se le da al poblado, y unos indios: «hemos encontrado en esta tierra un lugar de indios los cuales se han llamado Querandíes; ellos han sido alrededor de tres mil hombres formados con sus mujeres e hijos y nos han traído pescados y carne para comer».

Durante catorce días los querandíes llevaron a la aldea «su escasez en pescado y carne». Al décimo quinto, no fueron. Mendoza reaccionó con furia. Es que su formidable armada no podía subsistir sin la comida que le proporcionaban los naturales. Sus hombres no tenían siquiera aparejos de pesca, y a duras penas cazaban algunas perdices si la suerte y la puntería acompañaban a los disparos de sus ballestas.

«Entonces nuestro general don Pedro Mendoza», recuerda Schmidl, «envió en seguida un alcalde de nombre Juan Pavón y con él dos peones; pues estos susodichos indios estaban a cuatro leguas de nuestro real. Cuando él llegó donde aquéllos estaban, se condujo de un modo tal con los indios que fueron bien apaleados el alcalde y los dos peones». Humillados por aquellos que pretendían fueran sus siervos, los cristianos volvieron al asiento español. Allí, según el cronista, el alcalde «metió tanto alboroto» que Mendoza decidió enviar a su hermano Diego con trescientos arcabuceros y treinta caballos a matar o apresar a los querandíes. «Yo en esto he estado presente», escribe Schmidl antes de describir el choque.

Lo que sigue es la precisa narración de un soldado: «Y cuando nosotros quisimos atacarlos ellos se defendieron de tal manera que ese día tuvimos que hacer bastante con ellos; (también) habían dado muerte a nuestro capitán don Diego Mendoza y junto con él a seis hidalgos de a caballo; también mataron a tiros alrededor de veinte infantes nuestros y por el lado de los indios habían sucumbido alrededor de 1000 hombres; más bien más que menos; y [se han] defendido muy valientemente contra nosotros, como bien lo hemos experimentado. (También) los susodichos Querandíes tienen para arma unos arcos de mano y dardos; éstos son hechos como medias lanzas y adelante en la punta tie-

nen un filo hecho de pedernal. Y también tienen una bola de piedra y colocada en ella un largo cordel al igual como en Alemania una bola de plomo. Así ellos tiran esta bola alrededor de las patas de un caballo o de un venado de modo que tiene que caer; pues con esta bola se ha dado muerte a nuestro sobredicho capitán y sus hidalgos pues yo mismo lo he visto».

Los españoles se quedan entonces con el asentamiento de los querandíes, donde apenas si encuentran pescado, harina de pescado, manteca de pescado y cueros de nutria. «Allí permanecemos tres días —anota Schmidl—; después retornamos a nuestro real y dejamos cien hombres de nuestra gente; pues había buenas aguas de pesca en ese mismo paraje, también hicimos pescar con las redes de ellos para que sacaran peces a fin de mantener la gente pues no se daba más de seis medias onzas de harina de grano todos los días y tras el tercer día se agregaba un pescado a su comida. Y la pesca duró dos meses y quien quería comer un pescado, ése tenía que andar las cuatro leguas de camino en su busca». La cruenta batalla librada a orillas de un río que por ella aún se llama La Matanza, ha permitido a los extranjeros apropiarse de un miserable botín, necesario no obstante para mantenerse convida. La Sierra de la Plata parecía muy lejos.

La expedición de don Pedro de Mendoza ha empezado a hundirse en su fracaso. En la tierra no sólo no hay metales preciosos. Tampoco hay una población indígena numerosa, sedentaria y dócil que pueda reducirse a la servidumbre para compensar la falta del oro y de la plata. Peor aún, ni siquiera hay comida. Los querandíes obtienen escasamente la suya desplazándose por una tierra que a veces no ofrece ni siquiera agua. El cronista lo explica en detalle: «... estos susodichos Querandíes no tienen un paradero propio en el país; vagan por la tierra al igual que aquí en los países alemanes los gitanos. (También) cuando estos indios Querandíes se van tierra adentro para el verano, sucede que en muchas ocasiones hallan seco a todo el país por treinta leguas de camino y no encuentran agua alguna para beber; y cuando acaso agarran o asaetan un venado u otra salvajina, juntan la sangre de éstas y la beben. (También) en casos hallan una raíz que se llama cardo y entonces la comen por la sed; cuando los susodichos Querandíes están por morir de sed y no hallan agua en el pago, beben esta sangre. Pero si acaso alguien piensa que la beben diariamente, esto no lo hacen, por eso compréndelo bien».

La conducta de los capitanes, según la crónica, ha precipitado los hechos. Schmidl subraya para sus lectores que él ha estado presente,

que lo ha visto todo con sus propios ojos, que él es uno de los lansquenetes que hicieron sucumbir a mil querandíes, *más bien más que menos*, el día la matanza. Después del combate, ahogadas definitivamente en sangre las relaciones con los indígenas, sólo queda el hambre.

### Aguas arriba

«La gente no tenía qué comer y se moría de hambre y padecía gran escasez». Así inicia Schmidl el fragmento más dramático de su relato, el que ha sido más recordado y más reproducido: «Fue tal la pena y el desastre del hambre que no bastaron ni ratas ni ratones, víboras ni otras sabandijas; también los zapatos y cueros, todo tuvo que ser comido. Sucedió que tres españoles habían hurtado un caballo y se lo comieron a escondidas; y esto se supo; así se los prendió y se les dió tormento para que confesaran tal hecho; así fue pronunciada la sentencia que a los tres susodichos españoles se los condenara y ajusticiara y se los colgara en una horca. Así se cumplió esto y se los colgó en una horca. Ni bien se los había ajusticiado y cada hombre se fue a su casa y se hizo noche, aconteció en la misma noche por parte de otros españoles que ellos han cortado los muslos y unos pedazos de carne del cuerpo y los han llevado a su alojamiento y comido. (También) ha ocurrido en esa ocasión que un español se ha comido su propio hermano que estaba muerto». Tres españoles habían hurtado, un español se ha comido a su hermano, dice el soldado alemán, y una vez más se señala como un otro entre esos otros sitiados por el hambre y por los indios, en un rincón del mundo que debía ofrecerles a todos ellos la fortuna y la honra. Lejos del tono impávido de Schmidl, también Luis de Miranda se refiere al episodio, que lo horroriza:

Las cosas que allí se vieron  
no se han visto en escritura:  
comer la propia asadura  
de su hermano<sup>8</sup>

Empieza entonces un extraño y largo peregrinar aguas arriba y aguas abajo por el Paraná, en busca de indios que tuvieran comida,

<sup>8</sup> Citado por Salas y Vázquez, op.cit.